

Miguel Paz Cabo, *¡Viva la libertad! La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la IIª República*, Alvarellos Editora, Santiago de Compostela, 2020, 260 pp.

Si la historiografía gallega no está sobrada de investigaciones sobre el siglo XX, tampoco los está de trabajos sobre organizaciones y militancias políticas de la II República. Representa bien esta afirmación el ejemplo de las socialistas, en concreto del PSOE. Un partido que en tiempos republicanos obtuvo 8 de los 47 escaños gallegos en 1931, representación que perdió en 1933 y que recuperó parcialmente con las 6 de 49 actas posibles conseguidas en febrero de 1936. Aunque el saber de las publicaciones de Manuel González Probados sobre el socialismo gallego, ya lejanas en el tiempo, se ha ido completando con otras más recientes, la biografía del maestro socialista Fernando Barcia Veiras (1885-1937), *¡Viva la libertad! La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la IIª República*, de Miguel Paz Cabo, da un paso más en el conocimiento del Partido Socialista. Pero no solo.

Miguel Paz, profesor de secundaria, llega a la figura de su biografiado desde otras investigaciones, dado que no era objetivo inicial de sus intereses. “Hoy conocemos la historia de Fernando Barcia Veiras”, nos dice, “gracias a Constante Liste Forján”, pues fue en el proceso de búsqueda de información sobre este personaje, uno de los hermanos de Enrique Lister asesinado por los sublevados de 1936, cuando el autor de esta biografía se encontró con la figura de Fernando Beiras, que llegó a ser presidente de Agrupación Socialista Compostelana (ASC), la organización del PSOE en Santiago.

*¡Viva la libertad!* es un libro dividido en nueve capítulos ordenados según la trayectoria vital del biografiado y la Historia que protagoniza. “De los orígenes de Fernando Barcia a la Agrupación Socialista” es el primero de los capítulos del libro, seguido por “Barcia, presidente de los socialistas en Compostela” (capítulo 2), “El Bienio Negro y la Revolución de Octubre” (3), “Del Frente Popular a la lucha por la Autonomía” (4), “La creación de la Juventud Socialista Unificada en Santiago” (5), “Hacia el golpe de Estado. Julio de 1936” (6), “De la defensa de la República a la caída de la ciudad” (7), “Entre cuatro paredes” (8) y “La represión a la simiente” (9).

Miguel Paz entrelaza con la biografía de Barcia con la historia de Santiago de Compostela, la ciudad donde vivió y murió el maestro represaliado. Ciudad que el autor presenta llena de vida y actividad política en los años republicanos, con fervores transformadores simbolizados en las propuestas de cambio de nombre de varias calles, recogidas por la prensa conservadora local como muestra de desconocimiento del “carácter de los compostelanos” por parte del nuevo régimen. Fuera cual fuese ese carácter, Paz Cabo dibuja una sociedad compostelana distinta de la propia de una ciudad levítica, “distinta de la que se suele pintar”, con locales de ocio “donde se juntaban estudiantes, militantes obreristas como Barcia, e intelectuales” (p. 49); ciudad viva que se expresaba, por ejemplo, en los “cafés democráticos” desarrollados en los locales compostelanos para conseguir una mayor participación política de la población.

Fernando Barcia procedía de una familia conservadora, acomodada y católica. Tan católica que el biografiado cursó estudios en el seminario compostelano y fue directivo del Centro Católico de Obreros. Quizás el paso de Barcia por esta institución, a pesar de su carácter conservador, fue lo que le puso en contacto con el mundo obrero compostelano. Completó esos contactos con numerosas lecturas de teoría política —conocemos parte de su biblioteca gracias a la relación de libros incautados que aparece en el sumario contra Fernando Barcia y que Paz Cabo recoge en la página 235 de *¡Viva la libertad!*—, lo que provocó no pocas tensiones con su familia, al igual que las generadas por su matrimonio con Ramona Blanco, compostelana de “familia humilde” (p. 21). La pareja tuvo seis hijos de los que sobrevivieron cuatro.

Militante de la Agrupación Socialista de Santiago (ASS) desde finales de la dictadura de Primo de Rivera, asumió responsabilidades orgánicas y públicas en los primeros momentos de la República, cuando se alineó con el sector caballerista del PSOE. Los socialistas promovieron la Federación de Entidades Socialistas Obreras, Campesinas y Marineras, cuya vicepresidencia fue ocupada por Barcia Veiras. Se trataba de un “organismo vinculado” al PSOE, que “realmente no tiene encaje en su estructura orgánica ni parece tener continuidad en otros lugares” (p. 42).

La actividad política de Barcia fue incesante, siempre en paralelo con su profesión de maestro. Titulado en 1909, ejerció desde 1913. Toro de Laza (Ourense) fue la primera etapa de su periplo profesional, que finalizó en la escuela unitaria de Ardagán, en la parroquia compostelana de Marrozos. Barcia fue maestro tanto desde las aulas como desde las filas del asociacionismo y el sindicalismo educativos. Fue, por ejemplo, vocal de la Asociación Profesional del Magisterio en el Consejo Local de Primera Enseñanza en 1932 y, desde el 26 de enero de 1936, presidente de la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza en Santiago.

Quizás por su oficio, Barcia prestó especial interés a la incorporación de la juventud santiaguesa a las organizaciones obreras. Fue, además, “el más activo dirigente de octubre del 34 en Santiago”, por lo que con la derrota de la huelga general fue procesado en la causa 174/34; fue el último dirigente compostelano puesto en libertad (p. 105). Como no podía ser de otra manera, Fernando Barcia tomó parte activa en la campaña de las elecciones en las que triunfó el Frente Popular. El nuevo gobierno nacido de las urnas del 16 de febrero de 1936, promovió la renovación de la corporación municipal en la que “llama poderosamente la atención de la ausencia de los socialistas de Barcia” (p. 125).

El maestro compostelano también participó en la campaña pro Estatuto de Autonomía de Galicia en junio de 1936, en la que sobresalió el mitin del 26 de junio en el Teatro Principal de

Santiago. Paz Cabo explica con rotundidad que si Barcia lo hizo no fue por su proximidad al mundo nacionalista, como afirman trabajos que reivindican la figura de este maestro socialista para el nacionalismo gallego, sino porque consideraba la vía estatutaria como un impulso para Galicia, aunque fuera necesario caminar hacia una “Autonomía Gallega Socialista” (p. 141). La puntualización del autor sobre Fernando Barcia enlaza con sus comentarios sobre Juan José González, a quien Barcia substituyó al frente de la ASS. Abandonada la militancia en el PSOE, Juan Jesús González promovió la Unión Socialista Gallega, un “intento de darle mayor autonomía” a los socialistas gallegos (p. 61), lo que a veces es considerado como prueba de su adscripción al nacionalismo gallego, algo que el autor desmiente.

Fueron pocos los días en los que los partidarios de la República frenaron la sublevación militar de 1936. Los nombres de los protagonistas de la conspiración están recogidos en el capítulo dedicado al 18 de julio. Fernando Barcia fue una persona clave en la constitución de Comité Ejecutivo de Defensa de la República (p. 171). Su pasado de activismo, pero sobre todo el papel de Barcia en el CEDR fue “objeto de investigación en las causas militares que se abrirán posteriormente contra sus miembros por los tribunales franquistas” (p. 173). Y será, sin duda, una de los motivos que le llevó ante un pelotón de fusilamiento.

Ante el desarrollo de los acontecimientos, favorable a la sublevación, en la madrugada del 21 de julio Fernando Barcia decidió huir de su casa para esconderse. En ese momento fue detenido. Fue liberado, lo que paradójicamente pudo tener relación con la actividad que había desarrollado en los tres días anteriores. El 19 de julio corrió por las calles compostelanas el rumor de que el general Sanjurjo se dirigía a Ordes, localidad coruñesa situada entre la capital provincial y Santiago de Compostela, a algo menos de 30 kilómetros de esta última. El coche de los militares, en realidad el general Aurelio Rodríguez Ocaña y su ayudante, fue detenido. Rodríguez Ocaña fue trasladado a Compostela donde no sufrió ningún tipo de violencia, como el comandante militar de Santiago y máxima autoridad sublevada de la ciudad, José Bermúdez de Castro, reconoció. Puesto en libertad, Barcia se escondió en casa de una prima. Vivió como un topo entre el 28 de julio de 1936 y junio de 1937; en ese tiempo su familia, carente de su fuente de ingresos —el salario del maestro—, fue desahuciada. El proceso represivo, que también sufrió el entorno familiar de Barcia, no había hecho más que empezar. Todavía en 1941, la justicia franquista requería a los herederos del fusilado que hicieran “efectiva la sanción económica impuesta” (p. 221).

La depuración del magisterio es un capítulo bien conocido en Galicia gracias a las monografías ya publicadas. En algunas de ellas —en la reciente *Vermellos e laicos. A represión fascista do maxisterio coruñés*, de Narciso de Miguel, por ejemplo—, aparece el caso de Fernando Barcia, que fue separado con carácter definitivo del servicio según una resolución del 16 de junio de 1937, con efectos desde el 18 de julio del año anterior.

Cuenta Miguel Paz que su biografiado fue descubierto la noche del 13 al 14 de junio de 1937. Los hechos se precipitaron pues, sometido a consejo de guerra en el mes de agosto, fue fusilado en las tapias del cementerio de Boisaca (Santiago de Compostela), el 29 de ese mes. ¡*Viva la libertad!* recoge en sus páginas la reproducción facsímil de las últimas cartas de Barcia.

Entre los no pocos méritos de la biografía que aquí comentamos está el de ser de lectura amable, lo que Miguel Paz consigue sin restar solidez a una investigación basada en fuentes hemerográficas —locales, gallegas, de organizaciones políticas— y archivísticas: Archivo Ge-

neral de la Administración, Archivo Histórico del PCE, Archivo del Reino de Galicia, Archivo de la Universidad de Santiago, Archivo Militar Territorial 4, archivos municipales de Padrón y de Teo, Archivo Provincial de Pontevedra, Archivo de la Fundación Luís Tilve y Archivo de la Pablo Iglesias.

Hay que destacar también el cuidadoso trabajo de la editorial compostelana Alvarellos, que apuesta por un aparato gráfico que complementa el texto y que incluye interesantes fotografías y otro tipo de materiales. Es de agradecer la inclusión en la contracubierta interior de una interesante “Ruta por el Santiago republicano”, que permite situar en el plano los espacios vividos por el biografiado. Además, cada capítulo está encabezado por ilustraciones de Alfonso Martínez López, cuyos originales fueron expuestos en la muestra que acompañó a las presentaciones de *La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la IIª República*. Martínez López es también autor de los retratos de Fernando Barcia, familia y amigos, que forman parte de los apéndices del libro, completados con el expediente de reválida del biografiado, su hoja de servicios y otros documentos.

¡Viva la libertad! *La silenciada historia del maestro Fernando Barcia en el Santiago de la IIª República* es, sin duda, un libro militante porque reivindica el conocimiento de una historia silenciada. Un libro que salda una deuda —pero que deja otras pendientes, según el propio Miguel Paz— porque “olvidar a Fernando (...) es, sin lugar a dudas, condenarlo de nuevo” (p. 225).

Víctor Manuel Santidrián Arias  
(IES do Milladoiro, A Coruña)